



TOM WOLFE

Todo un hombre

El mundo de Charlie Croker se desmorona: en la cima del mayor imperio inmobiliario de Atlanta solicita, en un arranque de megalomanía, un crédito bancario que no puede pagar. Además, con 60 años recién cumplidos —y una segunda esposa de apenas 28— este hombre, hecho a sí mismo, empieza a detectar los primeros signos de vejez. Perseguido por la entidad bancaria que antes lo adulaba y que ahora empieza a acosarlo, Croker deberá recorrer un largo calvario durante el cual se verá vinculado a otros dos personajes principales: Roger White II, un abogado negro y amigo de la infancia del alcalde de Atlanta, y Conrad Hensley, un joven honesto que trabaja en un almacén de alimentos congelados propiedad de Charlie y que resiste como un estoico los embates de la vida.

A medida que desarrolla el mundo interior y las acciones en que se implican estas figuras, Tom Wolfe realiza una feroz crítica de la sociedad y sobre todo de las parcelas de poder y los signos de riqueza, al tiempo que acusa la falta de valores morales y su sustitución por valores materiales en la sociedad contemporánea.

Con inmensa admiración
el autor dedica
Todo un hombre a
PAUL MCHUGH,
cuya brillantez, camaradería
e inquebrantable amabilidad fueron mi salvación.
Este libro no existiría de no ser por ti, querido amigo.

Asimismo, el autor desea expresar
una gratitud más allá de todo límite a
MACK y MARY TAYLOR,
que le abrieron los ojos
a las maravillas de Atlanta
y las zonas de plantaciones de Georgia
y que pusieron a su disposición
un inmenso filón de conocimientos y saberes
con una hospitalidad que nunca olvidará.

El autor se inclina ante
JANN WENNER,
el generoso genio
que acompañó este libro hasta que pudo andar por sí solo,
tal como
hizo con *Lo que hay que tener, La hoguera de las vanidades* y
Emboscada en Fort Bragg.
KAILEYWON G,
cuyo ojo certero para los detalles reveladores
de la vida estadounidense contemporánea no tiene parangón
y cuya ayuda, una vez más, ha resultado inestimable.
TOMMY PHIPPS,
cuyas caminatas por la playa junto con el autor nunca dejaron de
generar el nuevo enfoque necesario y el entusiasmo para intentarlo.
GEORGE y NAN MCVEY
que proporcionaron el desenlace,
por no mencionar décadas de amistad.
EDDIE HAYES
que abandonó su papel principal en el acto III
siempre que el autor lo necesitó, cosa que sucedió a menudo.
Estuviste conmigo en la noche más profunda, abogado.

El autor abraza a
SHEILA, ALEXANDRA y TOMMY,
cuyo amor lo ha hecho todo posible.

Nota del traductor

¿Cuál es el «equivalente» castellano del habla rústica de los blancos pobres de los condados de Georgia o del habla degradada de los negros de los guetos de Oakland? ¿Y del criollo hawaiano, una lengua basada en el inglés con influencia del chino, el japonés, el hawaiano, el portugués y el filipino? Fiel a su vocación periodística de descripción del mundo, Tom Wolfe refleja de modo realista la particular forma de hablar de los personajes que describe. De los dos centenares de personajes que aparecen en la novela, una docena de ellos muestra unos modos de hablar claramente distintivos, unos modos que son incluso objeto de comentario por parte de la voz narradora o de los otros personajes.

Muchas veces se ha considerado que la traducción consiste en la búsqueda de equivalentes lo más «fieles» posibles, pero este modelo muestra sus carencias cuando lo que está en juego es el propio lenguaje o elementos que son particulares de una cultura. Cuanto mayor es la carga cultural, mayor es también la particularidad. El «problema» con el que se enfrenta el traductor al reproducir unas formas peculiares de hablar es que, al ser específicas de un individuo o una cultura determinados, carecen de correlato en otras culturas.

Hasta no hace mucho tiempo se consideraba que la opción de traducción más conveniente consistía en utilizar variantes y rasgos dialectales de la lengua de llegada, en nuestro caso, del castellano. Sin embargo, las pautas de lectura y las expectativas de los lectores han ido cambiando

y, según la percepción moderna, este procedimiento constituye una adaptación abusiva, de modo que hoy nos inclinamos más bien por formas con un mayor grado de respeto por lo ajeno, en que los contextos extraños mantengan su especificidad y no sean uniformados y pasados por el tamiz de lo propio.

Esta sensibilidad moderna ha regido el tratamiento dado en *Todo un hombre* a las jergas y los modos característicos de hablar de algunos personajes. En ningún momento se ha pretendido producir en el lector de la traducción los mismos efectos producidos por el original en el lector anglosajón. Por una parte, la diversidad del mundo cultural anglosajón es tan amplia que la reacción de un lector de Atlanta será muy diferente de la de un lector de Nueva York, Cambridge o Bombay. ¿Y cuál de ellas es la original? ¿En cuál de ellas pensaba el autor? Por otra, como se ha apuntado antes, este proceder se habría visto saboteado en su misma base por un hecho inapelable: la no existencia en la cultura de llegada, la hispánica, de unos elementos culturales (es decir, unos comportamientos lingüísticos) específicos de la realidad social estadounidense.

Por ello, la solución a las peculiaridades lingüísticas del habla de ciertos personajes ha consistido en una huida de la realidad. Mi intención ha sido construir hablas coherentes, como lo son las del original, pero a diferencia de éstas, sin ninguna pretensión de imitar un referente sociológico. En esta recreación no he actuado de forma arbitraria, sino que he partido de los rasgos formales presentes en el original, aunque sin pensar en ningún momento en reproducir efectos en los lectores más allá de la extrañeza ante unos usos no estándares del idioma. Quizá pueda resultar interesante que se incluyan aquí unas pequeñas muestras de los modos de expresión presentes en la obra como ilustración de su carácter «polifónico» y de las acrobacias que en ella realiza la lengua Inglesa. A continuación se presentan, se-

guidos de las versiones «normalizadas», fragmentos de las tres hablas mencionadas al principio de esta nota.

El primero, extraído del capítulo 3, es un ejemplo del habla *cracker*, el habla rústica blanca del Sur Profundo que he tratado, sobre todo, mediante una serie de transformaciones morfológicas (apócope, aféresis, metátesis, contracciones).

Cain chew boys think a nuthin' to do 'cep clusterfuckin' inna ballin' sun?

Can't you boys think of nothing to do except clusterfucking in the boiling sun?

El segundo fragmento, extraído del capítulo 17, es un ejemplo de voz negra de los suburbios de Oakland. Para ella he recurrido, entre otros elementos, al uso de las repeticiones y las redundancias, así como a un mal uso de la doble negación, una incorrección muy generalizada.

Look, bruvva, I'm a number in here, and you a number in here... see... an' I ain't tryin' a disrespectchoo. I'm jes' tryin'a do my time... You urmastan' what I'm sayin'? I ain't tryin'a sweatchoo, and I ain't tryin'a play you.

Look, brother, I'm a number in here, and you are a number in here... see... and I'm not trying to disrespect you. I'm just trying to do my time... Do you understand what I'm saying? I'm not trying to swear at you, and I'm not trying to play with you.

El tercer ejemplo, el más complejo, también del capítulo 17, corresponde al criollo hawaiano, salpicado aquí con

unas gotas de jerga carcelaria. En este caso, además de la presencia de palabras en hawaiano, las alteraciones más importantes afectan al orden habitual de los elementos de la frase, el sistema verbal (con formas peculiares para el pasado y el futuro) o el sistema de pronombres.

Da new fish, dey t'ink so if dey stay real quiet kine, if dey no make ass, if dey ac' like dey jes coasting kine, if dey boddah no mo' nobody —den dey going stay eenveesible. Cannot, brah! You edah dis t'ing or you one noddah t'ing. You no stay eenveesible.

The new fish, they think that if they stay kind of real quiet, if they don't make a fool of themselves, if they act like they are just kind of coasting, if they don't bother nobody —then they will stay invisible. You can't, brother! You are either one thing or the other. You don't stay invisible.

El propio Wolfe, consciente de la dificultad que podían entrañar para la mayoría de los lectores de lengua inglesa algunas de sus opciones estilísticas, introduce aclaraciones en la narración cuando lo considera oportuno. Este procedimiento ha resultado de gran utilidad en la traducción, porque ha permitido la utilización de unas opciones más atrevidas en algunos lugares.

El resultado final es que, donde en el original existe un anclaje con la realidad (la descripción cabal de los comportamientos lingüísticos de ciertos hablantes), en la traducción se apuesta por la autonomía de lo ficticio (la recreación de unas hablas inventadas): donde el original imita, la traducción crea. Así, la traducción introduce en la obra un nuevo elemento de ficción, un elemento que no tiene para los lectores de la traducción la coartada del «realismo» y

que les pide que suspendan su impaciencia para adentrarse poco a poco en las formas narrativas propuestas.

JUAN GABRIEL LÓPEZ GUIX
jglg@acett.org

Prólogo

Captan Charlie

Charlie Croker, a lomos de su caballo andador de Tennessee preferido, echó hacia atrás los hombros para asegurarse de que iba bien erguido sobre la silla e inspiró con fuerza... Ahhh, justo lo que necesitaba... Le encantaba la forma en que subía y bajaba el musculoso pecho bajo la camisa caqui e imaginaba que todos los participantes de la partida de caza se daban cuenta de la corpulencia de su físico. Todo el mundo, no sólo los siete invitados, sino también los seis mozos negros y su joven esposa, que montaba tras él junto a los troncos de mulas manchegas que tiraban de la calesa y el vagón de los perros. Por si acaso, sacó también los mayores músculos de la espalda, los dorsales anchos, en una versión a lo Charlie Croker del exhibicionismo de un pavo o un pavo real. Serena, su esposa, sólo tenía veintiocho años; él, en cambio, acababa de cumplir los sesenta, era calvo y una ringlera de rizos canosos le cubría los lados y la parte de atrás de la cabeza. Rara vez dejaba pasar la oportunidad de recordarle a su esposa lo recio de la cuerda—no, era un auténtico cable— que lo mantenía conectado a la vigorosa vitalidad animal de su juventud.

En ese momento ya estaban casi a dos kilómetros de la Casa Grande y se adentraban en los junciales de apariencia interminable de la plantación. Tan avanzado el mes de fe-

brero, tan al sur en el estado de Georgia, el sol era lo bastante intenso a las ocho de la mañana para hacer que la humedad del suelo se alzara formando volutas, creara un hermoso resplandor verde en los pinares e iluminara las juncias de un dorado rojizo. Charlie inspiró de nuevo con fuerza... Ahhhhhh... el vigoroso aroma de la hierba... el resinoso aire de los pinos... la densa fragancia de todos sus animales, los caballos, las mulas, los perros... Por alguna razón, nada como el olor de los animales le recordaba de forma tan instantánea lo lejos que había llegado en los sesenta años de vida en esta tierra. ¡La plantación Termtina! ¡Doce mil magníficas hectáreas de bosques, campos y marismas en el suroeste de Georgia! Y todo eso, todos y cada uno de los centímetros cuadrados de la propiedad, todos y cada uno de los animales que se movían por ella, todos y cada uno de los cincuenta y nueve caballos, todas y cada una de las veintidós mulas, todos y cada uno de los cuarenta perros, todos y cada uno de los treinta y seis edificios que se alzaban en ella, además de una pista de aterrizaje asfaltada de kilómetro y medio equipada con surtidores de combustible y un hangar... todo eso era suyo, del Captan^[1] Charlie Croker, suyo para que hiciera lo que le diera la gana, a saber: cazar codornices.

Con semejante exaltación del ánimo, se volvió hacia su compañero de cacería, un hombre robusto y de cara rojiza llamado Inman Armholster, que cabalgaba junto a él en otro de sus caballos andadores, y dijo:

—Inman, te voy a...

Sin embargo, Inman, con el vozarrón típico de Inman Armholster, lo interrumpió e insistió en continuar con una disquisición bastante aburrida sobre la inminente campaña electoral para la alcaldía de Atlanta:

—Mira, Charlie, ya sé que Jordan tiene carisma, educación, que habla blanco y todo eso, pero eso no quiere —*quie*— decir que sea amigo mío...

Charlie siguió mirándolo, pero desconectó. No tardó en ser consciente sólo del timbre grave y sonoro de la voz de Inman, una voz curada al clásico estilo sureño por décadas de humo de cigarrillos Camel sin filtro. Era un tipo de aspecto raro, ese Inman. Estaba en mitad de la cincuentena, pero aún tenía la cabeza cubierta de abundante cabello negro que le nacía muy adelante en la frente y que llevaba peinado hacia atrás sobre un pequeño cráneo redondo. Todo en él era redondo. Semejaba una serie de pelotas apiladas. Los carrillos y la papada se apoyaban fofamente, sin la ayuda del cuello, sobre las dos bolas de grasa de que estaba compuesto su pecho, que a su vez descansaba sobre una gran panza hinchada. Incluso los brazos y las piernas, con aspecto de ser demasiado cortos, parecían hechos de partes esféricas. El chaleco de plumón que llevaba sobre el pantalón caqui de caza sólo conseguía acentuar su redondez. No obstante, aquel hombre rechoncho y rubicundo era el presidente de Armaxco Chemical y uno de los empresarios más influyentes de Atlanta. Era el pichón, en los términos del propio Charlie, de aquel fin de semana en Termtina. Charlie necesitaba desesperadamente que Armaxco alquilara espacio en lo que en ese momento era el peor error de su carrera como promotor inmobiliario, un monstruo inmenso que, en un ataque de megalomanía, había bautizado con el nombre de Croker Concourse.

—... me vas a decir que Fleet es demasiado joven, es demasiado insolente, está demasiado dispuesto a entrar en la campaña. ¿Tengo razón?

De pronto, Charlie se dio cuenta de que Inman le estaba haciendo una pregunta; pero, más allá del hecho de que se refería a André Fleet, el «activista» negro, no tenía ni idea de qué se trataba.

Así que exclamó:

—¡Mmmmmmmmmmmmmmm!

Al parecer, Inman lo tomó como un comentario negativo, porque respondió:

—Mira, no me vengas con que te crees el rollo ese de la campaña de desprestigio. Sé que hay gente que va por ahí diciendo que es un auténtico granuja. Y te voy a decir una cosa: si Fleet es un granuja, entonces es mi clase de granuja.

A Charlie estaba empezando a desagradarle aquella conversación, en todos los aspectos. Para empezar, uno no salía una hermosa mañana de sábado como ésa, en el penúltimo fin de semana de la temporada de la codorniz, para hablar de política, y menos aún de la política de Atlanta. A Charlie le gustaba pensar que salía a cazar codornices en Termtina como había hecho el dueño más famoso de Termtina, un héroe confederado llamado Austin Roberdeau Wheat, cien años atrás; y cien años atrás a ningún participante de una cacería de codornices en Termtina se le habría ocurrido estar hablando entre las juncias de una Atlanta en la que los dos candidatos a alcalde fueran negros. Aunque a continuación Charlie se sinceró consigo mismo. Había más cosas.

Había... Fleet. Charlie había mantenido tratos con André Fleet, no hacía tanto tiempo de ello; y no tenía ninguna gana de que se los recordaran en ese momento... ni en ése ni más tarde, a decir verdad.

De modo que fue entonces Charlie quien interrumpió:

—Inman, te voy a decir algo de lo que a lo mejor me arrepiento después, pero te lo voy a decir de todos modos, por adelantado.

Tras un par de desconcertados parpadeos, Inman concedió:

—Muy bien... adelante.

—Esta mañana —dijo Charlie—, nada más que les voy a dar a los machos.

«Mañana» sonó parecido a maná, así como «de todos modos» había sonado a «de tos mos». Cuando se encontraba ahí, en Termtina, a Charlie le gustaba despojarse de Atlanta, incluso en la forma de hablar. Le gustaba sentirse

campechano, sureño, elemental; vamos, no ser sólo un promotor inmobiliario, sino... un hombre.

—Nada más que les vas a dar a los machos, ¿eh? —dijo Inman—. ¿Con eso?

Hizo un gesto en dirección a la escopeta de calibre 41 que Charlie llevaba en una funda de cuero atada a la silla. La difusión de los perdigones disparados por una escopeta del 41 era inferior a la de cualquiera otra escopeta; además, con las codornices, la única manera de distinguir al macho de la hembra era por la mancha blanca en el cuello de un pájaro que, de entrada, no medía mucho más de un palmo.

—Eso es —dijo Charlie sonriendo—, y recuerda que te lo he dicho por adelantado.

—¿Ah, sí? Mira qué te digo —repuso Inman—. Te apuesto a que no puedes. Te apuesto cien dólares.

—¿A eso lo llamas tú una apuesta justa?

—¿Apuesta justa? ¡Tú eres el que ha sacado el tema! ¡Tú eres el que has empezado a fanfarronear! Mira, Charlie, hay un viejo refrán que dice: «Cuando se cierra el maletero, se acaba el mamoneo».

—Está bien —admitió Charlie—, cien dólares en la primera nidada, me parece justo.

Se estiró y extendió el brazo; los dos hombres se dieron la mano y cerraron la apuesta.

Lo lamentó en el acto. Jugarse el dinero. En su cerebro apareció borboteando una honda preocupación. ¡PlannersBanc! ¡Croker Concourse! ¡Endeudamiento! ¡Una montaña! Claro que los promotores inmobiliarios como él habían aprendido a vivir con el endeudamiento, ¿no?... Era una situación normal de la existencia, ¿no?...

Desarrollabas de forma natural unas branquias para respirarlo, ¿no?... De modo que inspiró de nuevo con fuerza para apaciguar el ataque de pánico y volvió a sacar sus grandes músculos dorsales.